

Edmund Burke, el gran orador cuyas simpatías hacia las colonias inglesas en la América del Norte le convirtieron en lo que de ellas salió en una de las figuras más admiradas y de mayor popularidad intelectual, advirtió: "Ocupamos un escenario conspicuo y el mundo entero toma nota de nuestro comportamiento." Nada obliga a tanto como la posición de la más alta, encumbrada responsabilidad y la más acabada, hasta ahora, expresión de riqueza y poder. No vuelve el mundo entero los ojos hacia los Estados Unidos por la muy sencilla razón de no haber dejado, desde hace bastantes años, de tenerlos fijos en esa gran potencia; de una manera que puede ser de admiración o temor, de esperanza o de obsesión. En ocasiones es posible que sólo sea ya la manera de expresar un estado de ánimo en el que parece haberse cerrado por completo la puerta a la esperanza, para dejar sitio sólo a la desesperación o la angustia.

Es la situación que resume Walter Lippmann, el conocido comentarista norteamericano, tan bien visto por Europa, tan impopular ya en el ambiente oficial de su país, al cabo de un largo viaje por Hispanoamérica, del que ha vuelto con el convencimiento de que "las condiciones seguirán empeorando (por allí) hasta que nosotros (los norteamericanos) y nuestros vecinos latinoamericanos vayamos directamente a las raíces del mal". Pero si el análisis de la situación que hace Mr. Lippmann parece bueno, acaso impecable, es sólo de una superficialidad escalofriante: una prueba más de que por los Estados Unidos ni se comprende, en líneas generales, ni se hace nada por comprender a Hispanoamérica. "La razón por la cual—añade—ningún Gobierno de Sudamérica puede ser considerado como permanentemente estable, es que los problemas a que cualquier Gobierno ha de hacer frente son actualmente insolubles."

Todo se reduce, en definitiva, a que la gran masa central del continente

sudamericano, "que podría y debería unir a los distintos países en un mercado común", es casi toda ella una desolación inexplorada o casi inexplorada, que se separa en vez de unir. Nada, ni siquiera el castrismo, es tan grave como el hecho y el peligro de que "a medida que los países latinoamericanos no consiguen vencer sus males sociales, a medida que sus Gobiernos oscilan entre la derecha y la izquierda, aumenta la probabilidad de que la fábrica social se desenrede y se deshaga. Esto está sucediendo ya en varios lugares. Los hambrientos y los desesperados se lanzarán a la acción directa, sin hacer caso del Gobierno y de las leyes, se adelantarán y tomarán posesión de la propiedad y los Gobiernos establecidos se encontrarán con que es tan poco lo que podrán hacer por ellos como ha de ser poco lo que puedan hacer con ellos. Una desintegración así en una especie de anarquía proletaria es probable si los problemas sociales que se acumulan y se agravan en Sudamérica no son resueltos".

Esta visión, un tanto apocalíptica, está en contradicción abierta con la del informe presentado, el pasado septiembre, por Jack H. Vaughn, director general de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado, al presidente de la nación, Lyndon B. Johnson, a la terminación de un viaje de seis semanas que se ha presentado como una especie de inspección práctica y directa de "nuestra política latinoamericana". No encontró Mr. Vaughn nada, no parece haber encontrado nada que le llamase tanto y de manera tan notable la atención, como las muchas, constantes manifestaciones de admiración y aplauso con que gobernantes y gobernados habían recibido una nueva y firme promesa de los Estados Unidos de marchar adelante hacia el logro de las metas fijadas por la Alianza para el Progreso, aquello que en unos instantes de mucho optimismo se creyó que anunciaba el comienzo, al fin, de una era nueva en las relaciones entre los Estados Unidos y la América hispana. Más que ningún otro factor, dijo Mr. Vaughn en este informe, creía el que aquella reacción admirable, elocuente, salía directamente de una frase del discurso pronunciado por el presidente Johnson menos de un mes antes, al advertir la existencia de "un hilo común que corre a lo largo de la *Gran Sociedad* de mi país y la Alianza para el Progreso en todos los países (de Hispanomérica)".

Y añadió entonces Mr. Vaughn: "Nuestros vecinos del Sur han contemplado con admiración las grandes zancadas que hemos dado en las reformas básicas de nuestro país en los dos años últimos y sólo con el peso de esos avances han quedado convencidos de nuestra decisión. Un dirigente

latinoamericano tras otro me ha dicho que una nación tan preocupada por su propio pueblo como los Estados Unidos, ha de estar dedicada también al bienestar de otros pueblos.”

Todo ha sido admiración, promesa y el convencimiento de que el avance social y económico de los Estados Unidos ha de estar “indisolublemente unido” al avance y el progreso de Hispanoamérica. Por eso se contempla con dolor, pero nunca con desesperación, el anverso de la medalla. “Los problemas de la América Latina—añadió Mr. Vaughn—siguen siendo monumentales. La pobreza, enfermedad y analfabetismo que he visto..., pesa duramente sobre mi corazón... Pero he encontrado esperanza, una confianza emocionante y la decisión de trabajar y crecer que brillan como un diamante pulido.”

Nada de ese ambiente estaba en evidencia, unos pocos meses después, cuando en La Habana se estaba celebrando *La Tricontinental*, como al fin dio en llamarse esa Conferencia de los Tres Continentes que había venido preparando desde hacía años la Organización de Solidaridad de Pueblos Afroasiáticos—O. S. P. A. A. A.—desde su sede central en El Cairo y bajo la presidencia de Mehdi Ben Barka, el dirigente de la oposición marroquí, que acabó desapareciendo de manera misteriosa (porque no ha sido explicada todavía) en París, el pasado octubre, con miras a “oponer una estrategia global de la revolución a las empresas mundiales del imperialismo”, y que al fin acabó llamándose O. S. P. A. A. A. L, es decir, Organización de Solidaridad de los Pueblos Afroasiáticos y de la América Latina.

Bastaría, sin embargo, con meditar un poco sobre lo que estaba sucediendo, para acabar en la conclusión de que eso era, después de todo, la expresión nada más del descontento de los eternos disconformes, que no encuentran más que mal por todas partes y que, acaso por eso mismo, se prestan con harta facilidad a ser instrumentos de un juego hábil, insidioso y, por supuesto, perverso. El hecho de que la *Gran Sociedad* dejase de deslumbrar, era un contratiempo, sin duda; pero nada más. La culpa la tenía, era evidente, eso mismo que buscaba explotar y sacar provecho de la más pequeña manifestación de malestar que pudiese despuntar en parte alguna del mundo, en Hispanoamérica o en el Sudeste Asiático. Volverían las cosas a cauces de normalidad y entonces sería posible reanudar la obra aplazada más bien que interrumpida. Y por Hispanoamérica se acabaría aceptando la gran utilidad no menos que la necesidad de evitar toda presencia, necesariamente subversiva, de influencias extranjeras.

Después de todo, ¿cómo se podía tener la seguridad de que el comunismo no estuviese alentando, estimulando y desarrollando todo lo que podía convertirse en un motivo de alguna preocupación? Ya lo dijo *Time*, el gran semanario norteamericano: "La subversión comunista asume muchas formas en la América Latina. En Venezuela, asesina a los guardias en las ciudades y vuela oleoductos. En el Perú, se manifiesta en forma de invasiones de campesinos de las haciendas de las tierras altas. En el Uruguay se traduce en huelgas y manifestaciones. En Guatemala, los comunistas están empleando otra arma: los secuestros." Claro que siempre se podía pensar en las docenas de guardias que caen asesinados cada año en los Estados Unidos, en el secuestro del hijo de Lindbergh, en los *gangsters* de Chicago y en *Murder, Inc.*, de Nueva York. Pero los Estados Unidos no necesitan que nadie les aconseje sobre lo que deben hacer y cómo deben hacerlo, lo que no sucede—una diferencia que muchos no quieren reconocer—por el mundo subdesarrollado, y muy especialmente en Hispanoamérica, cuya necesidad de tutela está de manifiesto.

De ahí que alguna vez se pierda la paciencia con los que no pueden o no quieren comprender que toda manifestación de descontento o desconformidad que se ponga en evidencia por Hispanoamérica ha de responder, directa o indirectamente, a estímulos e interferencias que es preciso cortar de raíz y sin pérdida de tiempo. Después de todo, lo que ha sucedido en Cuba es hasta tal punto aleccionador, que basta para explicar y justificar todo lo que se haga por evitar su repetición.

\* \* \*

A eso tendía, por supuesto, el propósito—que no se ha abandonado—de la creación de una fuerza militar interamericana encargada de atajar, sofocar y destruir la subversión en su incipencia. Y en cuanto a la subversión en sí, ¿qué otra cosa que su descubrimiento e identificación a tiempo buscaba aquel célebre *Proyecto Camelot* que tanto y tan innecesario escándalo produjo el verado pasado y del que habló en forma que acusaba resentimiento más bien que incomprensión un alto funcionario del Departamento de Estado, Thomas L. Hughes, director de *Intelligence and Research* del Departamento de Estado, en un discurso pronunciado en el ambiente tranquilo del Hamilton College, una pequeña institución de enseñanza superior establecido en un pequeño pueblo de Nueva York? Fue una exposición la suya muy razonada y muy argumentada de aquel proyecto del Pentágono

cuyo director aparente era el profesor Rex Hopper, prestigiosa autoridad en cuestiones hispanoamericanas y que tenía como finalidad, según una descripción oficial en "prosa opaca y con más pliegues que un acordeón", como dijo el semanario *Newsweek*, el "construir un esquema conceptual o modelo analítico que identifique los parámetros de sistemas sociales a ser estudiados en detalle para (tener) una comprensión del conflicto social..." Esto quería decir, según ese semanario, que el Ejército de los Estados Unidos "quiere que el profesor Hopper... vea si es posible medir y predecir—y, por lo tanto, quizá controlar—los procesos que se combinan para producir el descontento y la revolución en zonas sensibles del mundo".

Mr. Hughes habló, durante el desarrollo de una importante y sosegada exposición de un estado de cosas que es más desagradable porque, en el fondo, no se quiere comprender a los Estados Unidos, de un erudito con experiencia directa en la América Latina que escribió recientemente:

"No es fácil dar a los latinoamericanos una explicación satisfactoria del papel del Gobierno de los Estados Unidos en la actividad investigadora, especialmente cuando la investigación de que se habla es militar y se emplean palabras inflamatorias como la guerra... y la insurgencia en la descripción de un proyecto de investigación... Resulta difícil a los latinoamericanos comprender por qué el Gobierno de los Estados Unidos, especialmente uno de sus órganos militares, hubiese de prestar apoyo a la investigación en la América Latina, si no tuviese una finalidad militar."

A continuación, comentó Mr. Hughes: "Entonces, si se produce algo grande y dramático, como el estudio no secreto sobre la contrainsurgencia a realizar en la América Latina, a un costo de seis millones de dólares, el *Proyecto Camelot*, el investigador se parece a un agente. *Camelot* estalló en grandes titulares en Chile muy poco después de haber desembarcado nosotros tropas en Santo Domingo y se asoció inmediatamente con el intervencionismo y el militarismo. Se dijo que *Camelot* era parte de una política cuidadosamente planeada. Después, al descubrirse que nuestra Embajada (en Chile) no sabía nada del proyecto, todo este episodio adquirió unas dimensiones mucho más conspiratorias y convenció a un número de críticos mayor que nunca de que nuestra política latinoamericana está saliendo en realidad del Pentágono."

(Con un tono que revelaba, además de mucha erudición, resentimiento antes que buen humor, Mr. Hughes ensanchó el radio de acción de su tesis en torno a reacciones e incomprensiones al recoger a manera de ilustración

muy oportuna una larga cita de *Punch*, el órgano humorista inglés, cargada de *satirical stiletos*, una especie de nueva y ampliada versión del asunto *Camelot*. Decía en parte:

“El Departamento de Defensa de los Estados Unidos se encuentra recogiendo información sobre “las condiciones internas y las perspectivas de ciertos países extranjeros en el caso de guerra civil que pudiese conducir a una implicación militar norteamericana”. La investigación siguiente podría en realidad hacerse en cualquier parte.

POTENCIA INTERNA DE GUERRA (ESTIMACIÓN). Este resumen ha de ser completado por el Agente Principal en el país en cuestión y devuelto al Departamento K 88, Pentágono, Washington.

*País.* Gran Bretaña.

*Relación con los Estados Unidos.* Aliado, Clase II. *No. Ahora en proceso de nueva clasificación como Clase III, con alguna inclinación hacia la Clase IV.*

*Gobierno actual.* Democrático, suavemente socialista, débil.

*Oposición actual (caso de haberla).* Democrática, suavemente socialista, superdébil.

*“Hombre fuerte” en potencia.* Ninguno. *¿Monty?* (Montgomery). *Viejo ya y pro Mao, pero anti raro. Preguntar a Ike* (Eisenhower).

*Junta en potencia.* A elegir entre Gavin Astor\*, Randolph Churchill\*, Douglas Insole, Lord Chandos, Enoch Powell\*, sir Cyril Osborne, Edward Martell. *Los contactos con los nombres marcados con asterisco deben iniciarse con mucho cuidado.”*

La cita entera era mucho más extensa y en ocasiones mucho más jocosa. Y acaso muy oportuna también, en vista de lo muy acusada que está la impresión de que el interés que tienen los Estados Unidos por Hispanoamérica ha dejado, hace tiempo, de ser un fenómeno bien localizado y de dimensiones específicas. En fin de cuentas, no es tan diferente la intervención de los Estados Unidos en el Vietnam, de la intervención en Santo Domingo, como alguna vez pudiera parecer, y no es tan pacífica la naturaleza de sus relaciones con el resto del mundo. Como advierte el corresponsal de *The Times* de Londres en Washington, el propio Departamento de Guerra, hoy parte del Departamento de Defensa, había anunciado poco después de la primera guerra mundial, que los Estados Unidos habían luchado en 105 guerras desde la guerra de la independencia, y lo que ha sucedido desde entonces no introduce cambios radicales en una cuenta de esta clase.

Y, para terminar este largo paréntesis, fue Robert S. McNamara quien, “hablando en el nombre del (entonces) presidente Kennedy, extendió de hecho la Doctrina de Monroe a todas partes a lo largo de la periferia del mundo no comunista, especialmente en el Sudeste de Asia. La nueva interpretación es que los Estados Unidos considerarían como algo más que incomodidad cualquier intento de las potencias comunistas por someter a las naciones del mundo libre a su sistema político. La doctrina ha sido de esta manera extendida hasta dar la vuelta al mundo, desde el Cabo Norte hasta Tierra de Fuego, desde Berlín hasta Saigón”. Pero esto no hace más fácil, ni más tolerable, la situación por la América Hispana.)

\* \* \*

Están prontos los Estados Unidos, de ello ha habido muchas insinuaciones y muchas pruebas, incluso, para tomar nota y hasta mostrar gran enojo cuando por Hispanoamérica sucede algo que no es de su agrado o que puede ser interpretado como el deseo de defender intereses o dejar sentir influencias que no están entregados de una manera total y absoluta al mejor servicio de la política norteamericana por esa parte del mundo. Apenas podría encontrarse una demostración tan llamativa o tan elocuente como el gesto de contrariedad con que por los Estados Unidos se recibió la noticia, anunciada con lo que se describió como una espectacular sorpresa, durante la celebración de la reciente conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de la O. E. A (Organización de Estados Americanos) en el Hotel Gloria, en Río de Janeiro, de que España había decidido prestar a Hispanoamérica una ayuda no inferior a 1.000 millones de dólares en los diez años próximos.

*Time*, con razón considerado como uno de los tres grandes portavoces de la política expansionista de los Estados Unidos, en Hispanoamérica y en el Sudeste Asiático, advirtió con sorpresa que “por vez primera en setenta y cinco años de conferencias del Hemisferio Occidental, un delegado español se levantó a hablar”, en aquella reunión ministerial interamericana. Y en seguida, ya sin sorpresa de ninguna clase, pasó a calificar esa oferta de ayuda como un cambio significativo “en la larga y hasta aquí tormentosa historia de las relaciones de España con sus anteriores colonias. Entre 1503 y 1660, los galeones embarcaron oro y plata en lingotes en el Nuevo Mundo por valor de unos 1.000 millones de dólares, mientras los conquistadores asesinaron o esclavizaron a miles de indios. El justo castigo recibido por

España fue no menos brutal; en el curso de quince cortos años y bajo la dirección de líderes como Simón Bolívar, José San Martín y Bernardo O'Higgins, las colonias americanas se deshicieron de la dominación española y establecieron la independencia”.

Ni el asomo siquiera de una actitud animada por una objetividad de la que tanto se vanaglorian los Estados Unidos en su manera de presentar la marcha de los acontecimientos, por no decir nada de una comprensión generosa de la política de una nación que ni tiene ni busca posiciones de privilegio o de monopolio y menos todavía instrumentos de intromisión en la política nacional de otros países. Hasta cuando parece tenerse la intención de querer comprender algo de lo que sucede, se adoptan actitudes como la de *The Post*, una de las revistas de mayor difusión de los Estados Unidos, en uno de sus números del pasado noviembre. Decía:

“La América Latina sigue siendo la América Latina. Cuando el presidente Kennedy inauguró esperanzadoramente la Alianza para el Progreso..., se supuso que llevaría a un tiempo el crecimiento económico y la democracia social a las turbulentas naciones de la América Latina. La nación clave, según la impresión general, era el Brasil, que representa casi la mitad del territorio y la población de la América del Sur. Desgraciadamente, una serie de Gobiernos “democráticos” llevaron al Brasil a tal estado de confusión con la inflación, corrupción y anarquía económica, que el Ejército tomó cartas en el asunto... “provisionalmente”, para restablecer el orden. El pasado mes, los brasileños tuvieron la primer ocasión desde el golpe de celebrar elecciones locales y los dos Estados más importantes votaron de manera abrumadora contra el Gobierno militar.”

En vista de esto, se procedió a la disolución de los partidos políticos, a la supresión de la votación popular directa para las próximas elecciones presidenciales y, al fin, “la explicación del general fue sencilla”, añadía este artículo de fondo: “Necesitamos tranquilidad”, dijo. Para terminar así: Pero esta acción—por tranquilizadora que sea—significa para el Brasil un gran paso atrás y de alejamiento de cualesquiera ideales que a la Alianza para el progreso todavía le queden.”

\* \* \*

Está bien hablar de la Alianza para el Progreso con un sentido—y una intención—peyorativo. Pero no está bien hacerlo del Brasil ni de cualquier otro país hispanoamericano cuando se piensa en la enorme, a menudo

totalmente decisiva, influencia de los Estados Unidos. Y cuando se piensa, es más, que la Alianza para el Progreso nació bajo el signo del engaño, aunque no fuese esa la intención. Porque en la intención de un presidente que cayó asesinado antes de tener la ocasión de hacer una demostración de lo que podía—y quería—hacer, no se entra con facilidad. Pero si se sabe, por ejemplo, que el cambio que se quiso iniciar con el programa de la Alianza para el Progreso tuvo unos comienzos completamente desafortunados.

Para iniciar un cambio de política como al parecer se quería, Mr. Kennedy hizo el nombramiento de lo que se designó como una *task force*, literalmente una fuerza de ataque, expresión salida de un tipo de organización naval, aérea y terrestre de los días de la guerra del Pacífico, para Hispanoamérica formada por Adolf A. Berle, ex embajador en el Brasil; Thomas C. Mann, amigo íntimo del entonces vicepresidente Johnson y director general interino de Asuntos Interamericanos; Thomas C. Achilles, también del Departamento de Estado; el profesor Lincoln Gordon, de la Facultad de Negocios de la Universidad de Harvard, y William Bundy, hermano de McGeorge Bundy, uno de los principales consejeros del presidente Kennedy, primero, del presidente Johnson, después, y en la actualidad, desde hace poco, presidente de la Fundación Ford, la primera organización de su clase en los Estados Unidos por la cuantía de los recursos de que dispone: literalmente, miles de millones de dólares. Mr. William Bundy fué al fin nombrado director general adjunto de Seguridad Internacional del Departamento de Defensa, un cargo que hace pensar, como era el caso de todos los demás, que sus intereses y simpatías por Hispanoamérica habrían de tener, en caso de existir, una significación muy especial.

Bastaría con pensar en la grande y relativamente bien conocida personalidad de Berle, que adquirió renombre en sus días de profesor de la Universidad de Colombia, de la que salió para formar parte del famoso *Brain's Trust* de Franklin D. Roosevelt. A juzgar por la historia reciente, de Mr. Berle, apenas se podría pensar en que su nombramiento para esa comisión tan especial y, en apariencia, tan importante, fuese un gran acierto. No se hubiera necesitado nada más que uno de sus últimos libros, publicado en 1960, el mismo año en que Kennedy fué elegido presidente de los Estados Unidos—*Latin America—Diplomacy and Reality*—, para pensar que nunca podría ser el punto de partida para un cambio en la política exterior de su país que estuviese orientado hacia el logro de una mejoría franca en las relaciones interamericanas. La actitud de Mr. Berle era inconfundible.

Por supuesto, sostenía, las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina deberían de ser armoniosas. Pero con una característica singularmente llamativa, la de una armonía de imposición, por un lado; de asentimiento, por el otro. Naturalmente, ni desde un punto de vista diplomático ni desde un punto de vista puramente intelectual las cosas se resumen con tan ruda franqueza. Por eso, la conclusión a que Mr. Berle llegaba era mucho más insinuante y delicada. Porque, advirtió, los Estados Unidos podrían muy bien pasarse sin Hispanoamérica, pero ¿podía también Hispanoamérica pasarse sin los Estados Unidos?

Para que nunca quedase lugar para la duda o la incomprensión, Mr. Berle hizo mucho hincapié en un hecho fundamental: cualquier cosa que hiciesen los Estados Unidos en la América Latina, el punto de partida y la base fundamental de su política habrían de tener siempre en cuenta la seguridad y el interés de los Estados Unidos. Es decir, que toda ayuda o apoyo que Hispanoamérica hubiese de recibir de los Estados Unidos, habría de tener una compensación adecuada.

Llegadas las cosas al punto en que, al fin, se encontraron después de la segunda guerra mundial, siempre con la realidad o la perspectiva del enfrentamiento y la confrontación de dos colosos, con sus intereses respectivos, las consecuencias para Hispanoamérica no podrían ser, en modo alguno, favorables. Ni agradables, por supuesto. Ante la necesidad de asegurar y afianzar sus posiciones de partida, ¿podían los Estados Unidos hacer otra cosa que arrancar el asentimiento total de Hispanoamérica para el desarrollo de la única política posible en unas circunstancias como aquéllas?

Apenas estaría justificada la necesidad de esperar a que la nueva política empezase a traducirse a hechos como la intervención militar en la República Dominicana, la presión y hasta la coacción que se ha venido ejerciendo para conseguir el aislamiento total de la Cuba fidelista o el comentario del presidente Fernando Belaúnde Terry, del Perú, a las condiciones que los Estados Unidos fijan para la poca y muy condicionada ayuda que prestan, en líneas generales, a los países hispanoamericanos. "Supongamos —observó— que más o menos las mismas demandas fuesen hechas por la Corona española cuando Colón acudió en petición de ayuda; nosotros pudiéramos haber quedado sin descubrir hasta ahora."

\* \* \*

En aquellos mismos momentos en que se estaba dibujando una política norteamericana nueva en sus relaciones con Hispanoamérica en el Brasil, bajo la presidencia de Janio Quadros, un conservador, no un revolucionario, elegido con los votos y el apoyo de Carlos Lacerda, entre otros, se estaba dibujando la primera política en verdad independiente que, en realidad, había conocido el país. Aquello no sólo suponía un cambio radical en lo que había sido la tradición del Brasil, como la tradición de cualquier otro país hispanoamericano, sino que suponía el reconocimiento de la Unión Soviética y otros países de régimen comunista y el establecimiento de una política de neutralismo que pretendía llegar nada menos que a votar por la admisión de la China comunista en las Naciones Unidas y la concesión de la más alta condecoración brasileña al doctor Ernesto Guevara, mucho mejor conocido, por ser argentino de nacimiento, como Che Guevara, durante años la segunda o tercera personalidad del régimen revolucionario cubano.

Se comprende que esto produjese un tremendo malestar en Washington. Lo que apenas se podría comprender era que Mr. Kennedy no tuviese otro hombre que enviar a Brasilia que el mismo Adolf A. Berle, para tener una confrontación mucho mejor que una conferencia, como bien se pudo advertir en seguida, con el presidente Quadros. Hasta tal punto estimó éste inadmisibles para el jefe de Estado de un país independiente la actitud del enviado especial del presidente de los Estados Unidos, que le dejó literalmente con la palabra entre los labios y se retiró de su presencia. Pero si el sentido de independencia del presidente Quadros no podía soportar intromisiones de aquella naturaleza, los intereses norteamericanos en el Brasil no podían tolerar tampoco el comienzo de una política de insubordinación y, en definitiva, de subversión.

Es posible que no exista la menor relación directa entre esto y la caída, poco después, de Janio Quadros, pero también es posible que la caída fuese la única salida posible para el hombre que, tildado de pronto de loco—y aquella manera suya tan extraña de mirar, corregida posteriormente mediante una operación, sólo podía servir para confirmarlo—no podía aceptar el sometimiento.

El "caso" del Brasil es una demostración efectiva, confirmada y ratificada por el "caso" de la Guayana inglesa, donde los propósitos de colaboración de Cheddi Jagan con Fidel Castro culminaron en el aplazamiento de la independencia, la intervención militar británica para poner fin a una alarmante situación de desorden y la introducción de cambios constituciona-

les que, con el régimen de la representación proporcional en vigor, hacen improbable, quizá imposible, el retorno del doctor Jagan al Poder. Lo que ha dado una significación especial a esta crisis ha sido la intervención de la influencia norteamericana cerca del Gobierno de Londres para aplazar, por lo menos, la concesión de independencia mientras el doctor Jagan, de quien se sospechaba que estuviese decisivamente influenciado por su esposa, norteamericana de origen y comunista, fuese jefe del Gobierno. Como el doctor Jagan ha sido forzado a pasar a la oposición, se ha tomado la decisión de conceder la independencia a la Guayana inglesa esta misma primavera. A la vez que se ha tomado también la decisión, de hecho, de obstaculizar y a ser posible cerrar también el camino a las reivindicaciones fronterizas, históricamente bien documentadas, de Venezuela. En estas circunstancias, los Estados Unidos no han encontrado razón alguna para intervenir cerca de Inglaterra, a pesar de las buenas y en general muy amistosas relaciones que mantienen con Venezuela.

Lo sorprendente, para los Estados Unidos, no es esto, sino que las cosas de Hispanoamérica pudiesen desarrollarse de otra manera, ser capaces siquiera de producir alguna sensación de contrariedad a la nación que se ha proclamado como el árbitro único y absoluto no sólo de las relaciones interamericanas, sino de las relaciones también que Hispanoamérica pudiese tener con el resto del mundo. Se puede decir que la decisión de los Estados Unidos ha sido adoptada de una manera unilateral, pero los Estados Unidos tienen de su parte dos cosas importantes, y una de ellas fundamental, sencillamente: la tradición histórica, que arranca de James Monroe, y el poder, que si era menguado allá por los días en que tuvo la Doctrina Monroe su origen, ya no lo es.

Pesa mucho la costumbre, y por eso, tal vez, un corresponsal norteamericano acabó poniendo a una crónica, aparecida hace algo más de un año, sobre una reunión de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio—A. L. A. L. C.—celebrada en Bogotá, este título llamativo: “Aquí no se habla inglés”.

Decía en ella: “Se necesita un rato para que un observador presienta que hay algo diferente y algo más todavía para que se dé cuenta de lo que es. No hay intérpretes del inglés. No hay información en inglés encima de las mesas. No hay un sólo delegado norteamericano sentado, un poco más alto que los demás y reaccionando un poco más lentamente a la introducción

y mostrándose después, a tono con la ocasión, con una mayor demostración de cordialidad y el acento de firmeza de un maestro de escuela.”

Lo extraño no es lo que hacen los Estados Unidos ni su actitud. Lo extraño es lo que se hace por Hispanoamérica y esa manera incomprensible de reaccionar sin dejarse influenciar para nada por algo tan básico como el hecho de que los Estados Unidos están en la obligación y la necesidad de defender sus derechos, al igual que otro país independiente cualquiera, aunque con la gran diferencia de que sus derechos e intereses ocupan posiciones de primacía absoluta por casi todo el hemisferio occidental, donde también hay otros países independientes o con la ambición de serlo. Por eso ha llamado tanto la atención a ese corresponsal que no se hablase en inglés en aquella conferencia sudamericana, y por eso también es oportuno traer a la memoria la imagen del maestro de escuela. Con el maestro ante los alumnos, ¿hay sitio siquiera para pensar en otra cosa que lo pernicioso que sería la falta de autoridad?

\* \* \*

Todo es cuestión de autoridad—la autoridad de los Estados Unidos, por supuesto—y de la aceptación pragmática del *way of life*, el modo de vida que tan buenos resultados ha dado en los Estados Unidos. De la incomprensible actitud hispanoamericana hacia el principio de la autoridad norteamericana, ha sido un ejemplo ruinoso, catastrófico incluso, la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de la O. E. A., celebrada en Río de Janeiro el pasado noviembre, con dos ausencias llamativas, una de ellas inevitable, la cubana, ya que mientras Fidel Castro continúe en el Poder, no queda otra salida que dejarlo excluido de una familia que empieza a dar la impresión de que ni siquiera por el lado de las relaciones oficiales está bien avenida; la segunda, la venezolana, para la que resultaba insoportable una conferencia en la cual estaba presente la representación del régimen que había salido del golpe militar brasileño de hacía año y medio antes. Para añadir el estado nada alentador, a menudo desoladoramente ruinoso, del panorama económico hispanoamericano, que hacía difícil, imposible tal vez, pensar en que pudiese encontrarse el ambiente indispensable para que ese *way of life* pudiese tener vigencia.

“No sería muy fácil imaginarse—llegó a decir *The Economist*, la influyente publicación británica, siempre inclinada hacia el lado de los Estados Unidos, casi siempre tolerante, cuando no apologista, de la política exterior

de los Estados Unidos—un organismo internacional más sumiso que la Organización de Estados Americanos.” Pero hay algo en el ambiente que empieza a producir incomodidad, quizá asombro también. Por unas razones o por otras, toda la sumisión y actitud complaciente de lo que pudiera muy bien ser considerado como la más antigua de las organizaciones internacionales que han traído su existencia ininterrumpida hasta nuestros días ha empezado a mostrar síntomas alarmantes de arritmia hace algunos años. No tanto por haberse llegado a considerar conveniente un cambio de nombre—sólo de nombre, porque hablar de la Unión Pan Americana empezaba a tener insinuaciones de irresistible jocosidad—como porque desde la última conferencia interamericana celebrada en Caracas, en 1954, no había vuelto a dar señales de vida fecunda hasta el año pasado, a pesar de que se suponía que esa conferencia interamericana—con la presencia de jefes de Estado o Gobierno—habría de celebrarse por lo menos una vez cada cinco años.

Existía, sin embargo, el propósito de que se normalizase y vigorizase una organización que no sólo había sido de extraordinaria utilidad para los Estados Unidos, sino que había alcanzado una especie de *status* internacional, desde los días de la Sociedad de Naciones con un carácter oficial, que a la vez que justificaba la exclusión de toda intromisión o interferencia extraña en los asuntos americanos, hacía subir de una manera automática y eficaz la voz y la influencia de los Estados Unidos en el ámbito internacional. Pero cuando todo estaba dispuesto, al fin, para dar un paso decisivo, con la celebración en Río de Janeiro de la anunciada conferencia, se produjo la sublevación popular en Santo Domingo que puso fin al triunvirato presidido por Donald Reid Cabral y sostenido casi exclusivamente por el favor con que contaba en los Estados Unidos, el 24 de abril, seguida de acontecimientos de tal naturaleza alarmantes, que el presidente Johnson dió la orden de intervención de la Infantería de Marina. Así empezó lo que para muchos había llegado a parecer imposible: una nueva intervención militar de la misma naturaleza que habían tenido aquellas frecuentes manifestaciones externas de lo que se llamó la Diplomacia del dólar y que llevó a un general norteamericano, Smedley D. Butler, a declarar públicamente, ante una comisión del Congreso: “Durante treinta y cinco años y cuatro meses he sido un agente activo en la mayor agencia para el cobro de deudas del mundo: el Cuerpo de la Infantería de Marina de los Estados Unidos...”

Cada año, los *marines* solían arrancar hacia la América del Sur o Central para hacer el cobro de una deuda.”

Aparentemente, la O. E. A había nacido para mejor realizar una acción coordinada en la resolución de los problemas capaces de influir en las relaciones interamericanas, pero al surgir algo de tal importancia y gravedad como una situación revolucionaria y de guerra civil en la República Dominicana, seguida de la intervención militar, unilateral, de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, lo único razonable—posible más bien—sería aplazar la conferencia ya convocada. Para los Estados Unidos, la situación no dejó de complicarse en forma tan imprevista que de nuevo hubo de acordarse un segundo aplazamiento. Para cuando, finalmente, se había convocado por tercera vez, la situación había cambiado de tal modo que parecía evidente, de fácil demostración, la tesis de *The Economist* al sostener que “un segmento de la opinión política y oficial de Washington se inclina hacia el punto de vista de que esta organización deferente no es bastante sumisa”.

Así, para cuando sonó la hora de esa celebración, se contaba con el hecho consumado de la internacionalización de la fuerza militar desembarcada por los Estados Unidos en Santo Domingo, bajo el título llamativo de Fuerza de Paz Interamericana, al mando nominal del general Hugo Panasco Alvim, del Brasil, y al mando efectivo del general Bruce Palmer, norteamericano, con el título de comandante adjunto; con la decisión del Gobierno de los Estados Unidos de que este precedente no sólo permitiese echar en el saco del olvido la flagrante violación del principio fundamental de la O. E. A, incorporado a la Carta de Bogotá, que condena de una manera explícita toda intervención, militar o de cualquiera otra clase, de un Estado en los asuntos internos de otro Estado, sino que se aprobase y ratificase, a la vez que se extendiese a toda la O. E. A., la creación de esa Fuerza de Paz Interamericana con un carácter permanente, y, en fin, con la aprobación por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, por la mayoría abrumadora de 312 votos contra 52, de la resolución presentada por Armistead Selden, presidente de la Subcomisión de Asuntos Exteriores, en la que se declaraba que la subversión comunista o la amenaza de subversión comunista es una violación de la Doctrina de Monroe y que cualquier parte o partes del Tratado de Río de Janeiro, aprobado en 1947, para establecer claramente la obligación de los países hispanoamericanos y los Estados Unidos de prestarse ayuda recíproca, podría tomar medidas “para prevenir o

combatir la intervención, dominación, control y colonización en cualquier forma por las fuerzas subversivas conocidas como comunismo internacional y sus agencias en el hemisferio occidental”.

Para que las cosas no dejaran lugar a dudas, una intervención de esta clase podría ser individual o colectiva y “podría llegar hasta el recurso a la fuerza armada”. Es decir, que esta declaración, una especie de actualización de la Doctrina de Monroe, superaba de una manera absoluta y definitiva aquella prohibición total de intervención que los países hispanoamericanos habían conseguido llevar a la Carta de Bogotá y en la que se decía—se dice todavía—que “Ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho a intervenir directa o indirectamente, por cualquier razón que sea, en los asuntos internos o externos de otro Estado”.

La extraordinaria resolución del Congreso había sido preparada, según declaración de Mr. Selden, su gran promotor, después de haberse celebrado una prolongada información pública y de haber sido consultado el Departamento de Estado. No fue el *Washington Post*, importante diario de la capital de los Estados Unidos, el único en mostrar asombro ante la aparente facilidad con que la sorprendente resolución había sido aprobada, primero por la Comisión de Asuntos Exteriores en pleno de la Cámara Baja del Congreso de los Estados Unidos, que tiene constitucionalmente el privilegio de ser el punto de origen de todos los proyectos de ley y medidas relativas a los ingresos financieros del Gobierno, una de las condiciones clave de su misma existencia, después por el Departamento de Estado, que ya no pareció ponerle reparos de ninguna clase.

Para Hispanoamérica no pasó desapercibido el hecho de que después de no haber indicio alguno de oposición del Departamento de Estado a la aprobación de una resolución que podía decir algo o nada, por faltarle autoridad ejecutiva, pero que ponía de manifiesto lo que se interpretaba como el sentir general de la opinión norteamericana, la oficial y la privada, en cuanto al carácter que deberían tener las relaciones entre Washington y los Gobiernos hispanoamericanos, Dean Rusk, el secretario de Estado, salió para Sudamérica al frente de una delegación de la que era miembro conspicuo el mismo Armistead Selden. Como explicación a las grandes, extraordinarias medidas de precaución que se habían adoptado en el aeropuerto de Maiquetía, en La Guaira, se insinuó que la razón principal era la presencia del señor Selden.

\* \* \*

Aunque en un ambiente como aquel que existía, desde hacía tiempo, por Hispanoamérica nunca sería prudente dejar nada al azar, aun en el caso de tratarse de un hombre de apariencia tan pacífica, tan distinguida, tan diplomática casi siempre, como Dean Rusk, a quien se dijo que el asesinado presidente Kennedy, que lo había llevado al Departamento de Estado en primer lugar, había criticado por su falta constante de iniciativa, de decisión, y por tener siempre el aspecto de un Buda. Su presencia en Montevideo, para cumplir con el requisito protocolario de colocar una corona de laurel ante el monumento a José Artigas, tuvo aquel desenlace dramático de que el propio Mr. Rusk habló, con la cortesía y la serenidad de un Buda, en una conferencia de Prensa celebrada en Río de Janeiro. “La bienvenida de un joven individuo—observó—pareció ser poco convencional. De haber tenido mejor puntería y pulmones, pudiera haberme dado.” Aquel joven, ya se advierte, había intentado repetir lo que unos años antes habían hecho muchos más al escupir en la cara al entonces vicepresidente Nixon y a su esposa, en Caracas.

Mr. Rusk fué a Río de Janeiro a una cosa más. “Es vital para el continente—declaró en su principal discurso—emprender el estudio de medidas que permitan actuar rápidamente, eficazmente y a ser posible conjuntamente, contra la amenaza de la subversión.”

Poco importaba, parecía evidente, que aquello tropezase con resistencias grandes, acaso enormes. Resistencias que encontraron su más clara y decidida exposición en el ministro de Asuntos Exteriores de Chile, don Gabriel Valdés, quien se opuso resueltamente a que la O. E. A. “se transformase en una organización ideológica que tuviese la necesidad de una nueva Inquisición”. Añadió el señor Valdés: “La rebelión en este continente es el resultado de la impregnación de los valores cristianos de la igualdad, la justicia y la dignidad en el alma latinoamericana. Nosotros somos una parte del Occidente trabajada por el fermento de la tradición grecolatina con su escala de valores, y el germen de la revolución reside en la revelación que tiene de la miseria una conciencia alimentada... de los valores de la civilización occidental. El contraste violento entre la miseria en las condiciones objetivas de la vida de grandes masas latinoamericanas y la riqueza y la herencia cultural que sus gobernantes proclaman en sus leyes y sus discursos crea un potencial revolucionario que no se puede reprimir.”

Hay, sin duda, una diferencia enorme, quizá insuperable, entre uno y otro concepto. Por eso Mr. Rusk insistió: “El refuerzo de las medidas colec-

tivas de seguridad en el continente americano sigue siendo una de las preocupaciones dominantes de los Estados Unidos.” Por eso el señor Valdés explicó: “Nada hay tan eficaz como la justicia social y el ejercicio de la libertad para inmunizar a un país contra la subversión y el comunismo; nosotros sabemos que las armas se caen de las manos de los soldados que defienden la libertad si no tienen a sus espaldas un pueblo libre... Un descenso en el precio del café, del azúcar o del cobre es mucho más grave para un Gobierno democrático del continente, que la actividad guerrillera o una subversión.”

Pero ya lo dijo Vasco Leitao da Cunha, entonces ministro de Asuntos Exteriores—cartera que había desempeñado con Janio Quadros, que volvió a desempeñar con el mariscal Humberto Castello Branco y que finalmente abandonó o se vió en la necesidad de abandonar—: “Va a necesitarse tiempo para que la idea de una fuerza de paz interamericana cale hondo.”

A tiempo que las delegaciones hispanoamericanas—con excepción de la brasileña, tal vez, que no siempre coincide en intereses, afectos ni maneras de pensar con las *republiquetas* que rodean su inmensa vastedad continental—parecían sentir la gran preocupación de desviar la conferencia de Río hacia los caminos de la reforma que vigorizase el sistema de colaboración interamericana por el procedimiento de la debilitación del poder y la influencia de los Estados Unidos sobre la O. E. A., los Estados Unidos escuchaban con asombro a una supuesta delegación dominicana pedir, con palabras del doctor Jottin Cury, que había sido ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno “constitucionalista” del coronel Caamaño y cuya presencia allí nadie sabía explicar, sobre todo cuando había, por otro lado, una delegación “oficial” dominicana presidida por don Milton Mesina, nombrado por el presidente provisional Héctor García-Godoy, que se atendiese “el caso de nuestro país, invadido y humillado por tropas extranjeras”. Era urgente terminar con aquella situación, y Mr. Rusk terminó abandonando la reunión para hacer una visita a la capital del Paraguay, con objeto de conferenciar con su presidente, el general Alfredo Stroessner, dejando a la delegación norteamericana bajo la presidencia de Averell Harriman.

\* \* \*

Aquello había dejado de tener interés y tal vez por eso se dejaron para preparación y estudio los proyectos de reforma y las propuestas para el fortalecimiento de lo que se describió como el mecanismo encargado de la

solución pacífica de las disputas y, sobre todo, la creación de esa fuerza de paz interamericana, y Mr. Harriman pudo, al fin, hablar de “una reunión histórica”. A *The New York Times* le pareció eso un poco exagerado, pero, advirtió al fin, tampoco había sido un fracaso. “La O. E. A. puede ahora decir, como Sieyes después de la Revolución francesa: *He sobrevivido.*”

Por donde la supervivencia pudiera tropezar con mayores, más serias dificultades, es quizá por el lado del café y el azúcar y el cobre a que había aludido el ministro de Asuntos Exteriores chileno y se ha aludido de una manera u otra desde mucho antes y seguirá aludiéndose, con toda certeza, mucho después también. Porque bien puede decirse que, hoy por hoy, no hay nada más grave, ni tan grave siquiera, como la muy requiebrada base económica de la existencia del actual *way of life* de Hispanoamérica, tan diferente del de los Estados Unidos.

La situación general por este lado es desalentadora, no sólo por lo mala, sino por las perspectivas, que apenas prometen otra cosa que un sostenido, por muy gradual que sea, empeoramiento. Es una situación que ha dejado resumida el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas en un informe publicado el verano último sobre una “Década de desarrollo” que había alcanzado la mitad del camino. Lo que en general se dice sobre el mundo subdesarrollado, en el que aparecen incluidos la gran mayoría de los países de Africa y Asia, además de Hispanoamérica, refleja de una manera especial, constante y desalentadora la situación y las perspectivas de una parte del mundo que siente cierta repugnancia a verse incluida en ese inmenso y un poco amorfo montón de países a los que ahora se hace la gran concesión de calificar como “en vías de desarrollo”, lo que con frecuencia es puro eufemismo. Dice este informe:

“Las naciones más ricas del Occidente, un poco pasmadas por el éxito rápido y fácil del Plan Marshall entre un grupo de naciones ya esencialmente desarrolladas, han tendido a encararse con el problema del desarrollo con una escala de tiempo irrealista. Bastará con aplicar la ayuda, movilizar los recursos para que dentro de una década las jóvenes economías se encuentren bien entradas por el camino que lleva a un crecimiento ya sostenido por sus propios medios. Así, en los términos más crudos, se presentaba la esperanza. Pero hasta la más favorecida de las naciones desarrolladas—los Estados Unidos—necesitó ochenta años para alcanzar la madurez industrial.

“Las naciones que buscan el desarrollo de sus economías hoy tienen que hacer frente a todos los dilemas de una transición rápida: cómo moderni-

zar una agricultura estática, cómo arrancar ahorros a una población pobre, pre industrial, cómo elegir las industrias que en la práctica producen un superávit, cómo financiar las nuevas capacidades necesarias para producir más capital antes de que el capital exista para ser desviado hacia las escuelas. Pero tienen que hacer frente a problemas incluso más duros: la explosión democrática, la urbanización que se escapa al control, los sistemas comerciales desfavorables y una tecnología inadecuada.”

Todo lo que eran promesas y esperanzas, el desarrollo en poco tiempo de un mundo ordenado, progresista, de bienestar y estabilidad ha dejado paso a la desilusión y en ocasiones a la desesperación también, a la situación increíble de que en un mundo de grandes, sensacionales progresos, las potencias ricas no dejan de hacerse más ricas y los países pobres se encuentran con la terrible realidad de que son un poco más pobres cada nuevo año. Y con que los ricos muestran claros indicios de estar cansados de ayudarles. Como dijo ahora hace un año el director general de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado, Jack Hood Vaughn: “Después de contemplar los resultados de nuestro programa de ayuda en derredor del mundo y de ver cuán pocas actitudes han cambiado y cuán poco tiene que ver con un gobierno mejor, con el respeto a uno mismo y el cambio social, tengo la impresión de que se nota la falta de varios ingredientes.”

Cualquiera que fuese la intención de Mr. Vaughn, parece evidente que no tenía el más pequeño entusiasmo por el programa de ayuda del Gobierno de su país, y que como su vida política estaba especialmente relacionada con la vida y actividades de Hispanoamérica, muy bien podía tener el convencimiento de que era la ayuda prestada por su Gobierno a esa parte del mundo bajo su directa jurisdicción como director general del Departamento de Estado la que acaso fuese conveniente reducir y quizá incluso suprimir. En lo concerniente a sus relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos, Hispanoamérica ha tenido poca suerte.

\* \* \*

Por un lado está el hecho de haber llegado tarde y mal a llamar la atención de un Gobierno que había prestado larga y generosa ayuda a muchos países, docenas de ellos, cuando ya daba señales claras de cansancio, por lo que en esa ayuda podía haber de derroche y mala orientación y por ser ya excesivas las expresiones de falta de gratitud que iban llegando de los puntos más diversos y hasta totalmente insospechados. Por el otro, la notoria falta

de entusiasmo o comprensión o simpatía de las personas que, con republicanos o con demócratas en el Poder, eran elevadas con frecuencia a los puestos más directamente relacionados con la política interamericana de los Estados Unidos.

En más de una ocasión ha podido acariciarse la sospecha de que esas altas expresiones de la política interamericana del Gobierno de los Estados Unidos tenían como especial y particular empeño el mantener una actitud vigilante para que los intereses norteamericanos, los privados y los públicos, los particulares y los nacionales por igual, estuviesen siempre a cubierto de riesgos y amenazas. La idea del cobro de las deudas ha calado demasiado hondo para que resulte fácil su extirpación y eliminación. La idea de que todo, incluso organizaciones de carácter internacional con tareas en apariencia muy especializadas y específicas, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo y hasta los "Viveres para la Paz", tiene reservado un puesto especial cuando se trata de Hispanoamérica, se ha hecho ya tan general y aceptada que costaría mucho trabajo demostrar que no es así. En los momentos en que ha podido producirse una abrumadora acumulación de deudas y surgir un clima oficial favorable a un acuerdo que permita saldar una parte, consolidar la otra, se suele tropezar de pronto con la coincidencia de que muchas o todas esas instituciones de acusado carácter internacional se han puesto de acuerdo, con frecuencia en conjunción con la propia Tesorería de los Estados Unidos, el Banco de Exportación e Importación y algunas también de las grandes instituciones bancarias de la nación, para la preparación de un ambicioso programa de ayuda financiera, económica y hasta caritativa.

Las consecuencias suelen ser altamente engañosas, porque uno de los resultados—el principal, a la larga—es hacer un poco más difícil el camino por el que necesariamente se ha de marchar, a menos, es decir, que se produzcan situaciones dislocadoras. Porque con cada una de esas operaciones de ayuda se hace un poco más pesada la carga financiera que han de soportar unos países que ya se encuentran con fuerza escasas para llevar la que tienen encima. En ese informe de las Naciones Unidas se habla también de una amenaza nueva, que para Hispanoamérica es una amenaza vieja, el problema cada día un poco mayor del pago de los intereses y arrotización de las deudas contraídas y que pronto, se asegura, se llevará hasta el 15 por

100 de los ingresos normales que por las exportaciones tienen los países menos desarrollados.

Según un estudio reciente, algunos países de Hispanoamérica se encontraban entonces a la cabeza de la lista de países con un porcentaje más alto de deuda en relación con los ingresos de esta clase. Por ejemplo, lo que el Brasil debería pagar en 1963 subía a 334,2 millones de dólares, una suma que representaba nada menos que el 29,6 por 100 de los ingresos de la cuenta corriente, el 42,1 por 100 de las exportaciones y el 87 por 100 de las reservas. La situación de otros países hispanoamericanos es bastante parecida. La Argentina, con vencimientos en ese mismo año de 1963 por un total de 249,2 millones de dólares, se encontraba con que representaban el 17,5 por 100 de los ingresos totales de la cuenta corriente, el 18,3 por 100 de las exportaciones y el 92,3 por 100 de las reservas; Méjico, con vencimientos un poco mayores, de 296,3 millones, presentaba una situación financiera un poco mejor sólo por el lado de las reservas, de un 59,6 por 100, ya que en cuanto a los ingresos de la cuenta corriente de ese año la deuda que normalmente deberían ser liquidada representaba un 17,4 por 100 del total y el 30,1 por 100 de las exportaciones.

En general, la situación bien podía considerarse como ruinoso. Colombia, con vencimientos por un total de 103,2 millones de dólares, se encontraba con que subían al 17,5 por 100 de los ingresos de la cuenta corriente, y, como en la Argentina, llegaban a casi la cuarta parte del rendimiento total de las exportaciones (un 23,1 por 100). En relación con la totalidad de las reservas existentes ese año, esa deuda representaba un 97,4 por 100. Cuando se advierte la tendencia irresistible a la inestabilidad monetaria en la gran mayoría de estos países, Venezuela es casi la única excepción, se puede comprender la verdadera significación de una deuda corriente como la de Chile en ese año de 1963, cuando el total de los pagos que deberían hacerse, 101,6 millones de dólares, representaba el 15,8 por 100 de los ingresos de la cuenta corriente, el 18,8 de las exportaciones y el 131,9 por 100 de las reservas monetarias. Para encontrar algo parecido fuera de Hispanoamérica, era preciso buscar mucho, pues ni siquiera la India, con grandes y graves necesidades, ofrecía un cuadro tan desolador. Con una deuda que hacía necesarios pagos ese año de 238 millones de dólares, la relación de esta cifra con los ingresos de la cuenta corriente era del 11,8 por 100, con las exportaciones del 14,7 por 100 y con las reservas del 39,2 por 100. El caso del Pakistán era mucho mejor, con pagos a realizar

en 1963 de 58,1 millones de dólares que subían al 9,7 por 100 de los ingresos de la cuenta corriente, el 14 por 100 del valor de las exportaciones y el 19,9 por 100 de las reservas. Entre las naciones subdesarrolladas o en vías de desarrollo de alguna importancia, sólo Turquía, en realidad, presentaba unas características muy aproximadas a las que se encontraban por la mayor parte de la América Hispana, con una deuda corriente de 154,8 millones de dólares que representaba el 29,6 por 100 de los ingresos de la cuenta corriente, el 42,1 por 100 de las exportaciones y el 87 por 100 de las reservas. Y todo el mundo podía coincidir en que la situación de Turquía era alarmante, sin duda.

Pero si por un lado se podía muy bien hablar de una tendencia inquietante en los países subdesarrollados a la acumulación de cargas financieras de un peso abrumador, a menudo insoportable—la frecuencia del recurso a negociaciones en busca de aplazamientos y nuevas concesiones de ayuda lo está confirmando casi a diario—, lo que demostraba de una manera tan gráfica como deprimente la existencia de un proceso de gradual y constante empobrecimiento, por el otro se podía advertir la existencia de desigualdades, a veces muy grandes. Y también que los países en situación más desfavorables, desde este punto de vista, se encontraban casi siempre por la América Hispana. *The Economist*, la prestigiosa y especializada revista inglesa, recordaba con este motivo que “para la América Latina como un todo, la Alianza para el Progreso ha calculado que los pagos por amortización e interés se llevarán el total de las dos terceras partes del enorme déficit en la balanza de pagos de 3.000 millones de dólares que se espera para este año (1965)”.

Había—hay—motivos de sobra para el pesimismo. En ese informe de las Naciones Unidas repetidamente citado, sobre una década de desarrollo, se advierte que los objetivos modestos de un crecimiento del 5 por 100 anual en los países menos desarrollados están lejos de ser alcanzados y la diferencia va en aumento constante. El promedio anual de crecimiento de un 4 por 100 para la primera mitad de esa década apenas es suficiente para contrarrestar el aumento de población. Se dan casos ya en que la producción *per capita* de víveres es hoy menor que hace treinta años. Al mismo tiempo, el chabolismo tiene un desarrollo rápido y deprimente, alcanzando en muchas partes un ritmo de un 10 por 100 anual.

Con una situación así se tiene una introducción bastante buena para cosas como la “revolución en libertad” de Chile, la reforma agraria en el

Perú, la amenaza constante de golpes de Estado en la Argentina, la fundación de dos partidos nuevos en los cuales se quieren fundir y resumir la docena larga de los que existían con anterioridad en el Brasil, el G. R. N. o Grupo de Renovación Nacional, que parece encabezará el general Costa e Silva en las próximas elecciones presidenciales, y el Modebrás, o Movimiento Democrático Brasileño, basados en un número mínimo de representantes y senadores—120 y 20, respectivamente, por lo menos—en el Congreso actual, a los que humorísticamente se ha dado el nombre de los partidos de *Sí y Sí, señor*. Pero todo esto y mucho más pudiera muy bien ser sólo fases distintas o peculiares de un proceso de cambio y transformación que nunca se podría prever hacia dónde va ni qué rasgos dominantes pudiera tener, en definitiva.

\* \* \*

Los cubanos que siguen con lealtad y pasión a Fidel Castro, están seguros de que son ellos, como ha llegado a decir el doctor Raúl Roa, en un discurso pronunciado en las Naciones Unidas, en Nueva York, los que han alcanzado la victoria más importante que se haya logrado hasta ahora en lucha con el imperialismo yanqui, pero también hay motivos para sospechar que ni lo que culminó en el triunfo hace siete años tiene características inconfundibles de perdurabilidad, ni parece haber producido corrientes de entusiasmo lo suficientemente irresistible para dar realidad a la promesa de convertir a los Andes en la Sierra Maestra del continente sudamericano. Y, sin embargo, ese desolador panorama hispanoamericano—y, peor todavía, la perspectiva de permanencia que tiene—pudiera alcanzar una significación mayor, mejor y más ominosa como introducción a *La Tricontinental*, a esa Conferencia de Tres Continentes que se celebró en La Habana, en los primeros días de este mismo año, y uno de cuyos acuerdos fué la formación de una comisión ejecutiva provisional con sede, también provisional, en La Habana.

Hubo, al principio, una cierta inclinación a tomar poco en serio la conferencia que se venía preparando desde hacía años. Fidel Castro, en días un poco más esperanzadores, porque su revolución era muy joven todavía, lo que permitía hacer mucho más hincapié en las promesas que en las realidades, creyó que valía la pena convertirse en su patrocinador. Aun cuando no fuese él, durante mucho tiempo, su principal animador, sino Mehdi Ben Barka, acaso la principal figura entonces de la oposición al actual régi-

men de Marruecos y cuya desaparición en París alcanzó dimensiones escandalosas. Apenas se podía esperar otra cosa, como no fuese, es decir, una violenta, devastadora polémica entre las delegaciones china y soviética. Lo que buscaba una especie de razón de ser en la Conferencia de Bandung, parecía ir camino de convertirse no en lo que hubiera querido Fidel Castro, un vigoroso movimiento de lucha contra los Estados Unidos y de solidaridad con su propia revolución, sino en la expresión final y definitiva de la confrontación chinosoviética. Así, en vez de dar satisfacción a los sentimientos y aspiraciones del fidelismo, de hecho podía convertirse en un motivo de alegría y regocijo para el peor de sus enemigos, el "imperialismo yanqui".

Algo de jocosos parecía tener la tarea de aquella Organización de Solidaridad de pueblos afroasiáticos a la que buscó dar una calidad de permanencia su frecuente alusión como la O. S. P. A. A. y que pronto se advirtió que estaba necesitado de algo para proclamarse, desde La Habana, en la verdadera expresión de las aspiraciones de todos los pueblos oprimidos, incluidos los de Hispanoamérica. En unas circunstancias como las actuales, sin embargo, con la Unión Soviética marcando una orientación de cierto alejamiento, por lo menos, de las violencias y los choques revolucionarios, y con China abstraída cada día un poco más por el apasionamiento—el encono más bien—de su disputa con la Unión Soviética, ¿no podría ser Fidel Castro el gran símbolo de las esperanzas y aspiraciones de los movimientos de la lucha por una emancipación revolucionaria? En ese caso, sería necesario ensanchar el radio de acción de la original Conferencia de Bandung.

Eso buscó el proyecto de la O. S. P. A. A. A. L, con la adición de dos letras más a la O. S. P. A. A. de antes, en representación de la América Latina. De esa manera se hizo posible hablar de una Conferencia Tricontinental, que es lo que al fin se celebró en La Habana. Y lo que aspira a tener unas características de cierta permanencia.

Contrariamente a los deseos y los propósitos de la delegación china, "La Tricontinental", como acabó siendo conocida esta conferencia de La Habana, no se convirtió en el escenario de la lucha por la dirección revolucionaria del movimiento comunista mundial. La batalla que el régimen de Pekín empezó a perder en el momento en que no se aceptó su argumentación de que la Unión Soviética no debería ser admitida como miembro de la nueva organización—ni de la antigua—ni en la conferencia, por ser con-

siderada como una potencia europea—blanca e imperialista, además—y estar la O. S. P. A. A. formada exclusivamente por países y pueblos afroasiáticos. Podían ser admitidos, como al fin se hizo, los países de la América Latina, con lo que se entró en una fase decisiva, al cabo de un cuidadoso trabajo preliminar, mas no la U. R. S. S. Pero no sólo fué admitida también la U. R. S. S., sino que se llegó a la decisión de eliminar a la gran mayoría de las delegaciones comunistas de los países hispanoamericanos de otra tendencia que la pro soviética, en contra de los intereses de la China revolucionaria. El golpe final llegó cuando se rechazó el intento hecho por establecer la regla de la unanimidad para la adopción de acuerdos. A propuesta de Cuba se aprobó el principio de los dos tercios, con lo que podía considerarse decisiva la derrota china, con bastante menos de una tercera parte de aquella conferencia, formada en total por unos 505 delegados, en representación de casi un centenar de países. Una representación muy especial en la gran mayoría de los casos, por tratarse de partidos y grupos que apenas podrían hablar en nombre de nada más concreto que un limitado, reducidísimo a menudo, porcentaje de la población total y sin tener, además, el más pequeño carácter representativo la mayoría de las veces.

Un delegado tras otro encontró aceptable el carácter que adquirió la conferencia desde el momento en que Tuyen Tran Dnah, del Vietnam del Norte, habló del yanqui para definirlo como “el más cruel y más bárbaro de todos los gendarmes del imperialismo”. Los intentos chinos por quitar importancia al temor a la bomba atómica—el jefe de esta delegación habló de algo mucho más importante y poderoso, la bomba del sentimiento antiimperialista—y por distinguir hábilmente a la Unión Soviética como la potencia que prestaba ayuda a la acción ofensiva de los Estados Unidos en el Sureste Asiático, naufragaron en aquel ambiente de hostilidad general hacia los Estados Unidos. Un delegado tras otro, y no sólo los que hablaban en nombre de poblaciones hispanoamericanas, sino el de Tailandia, el de Uganda, el de Basutolandia, el de Tanzania, dejó flotando en aquel caldeado ambiente del Hotel Cuba Libre—que había sido inaugurado poco antes de que Fidel Castro bajase de Sierra Maestra para dirigirse a la capital de Cuba en triunfal marcha revolucionaria, como el “Havana Hilton”—la impresión de que lo único que interesaba era el crear y concentrar odio contra el imperialismo y que cuando se hablaba de imperialismo se quería decir invariablemente “el imperialismo de los Estados Unidos”.

Parecía como si estuviese entrando en la fase culminante de su desarro-

No un movimiento que empezó como una corriente de resistencia intelectual al Coloso del Norte, con expresión vigorosa en figuras de la talla de Manuel Ugarte, y que lleva camino de convertirse en un fenómeno de genuinas dimensiones universales. Para encontrar manifestaciones tan llamativas —y tan expresivas— como el hecho de que la principal fuente de información de esa Conferencia Tricontinental para *The New York Times* fué la agencia Reuter, inglesa, porque a los corresponsales y enviados de los Estados Unidos no se les dejó entrar, sencillamente, en Cuba en esta ocasión. Evidentemente, lo que ha sucedido por Hispanoamérica entre la reunión de la O. E. A. y la conferencia organizada por la O. S. P. A. A. L. ha tenido una importancia muy especial y particular. Por lo menos para los Estados Unidos.

JAIME MENENDEZ.

